

## *Una carta anónima*

Querido Jan,

Las historias nunca acaban bien. Aunque Richard Gere subiera mil veces por la escalera de incendios para besar a *Pretty Woman*, todos sabemos que eso no es más que ficción, y que por mucho que lo esperemos, por mucho que lo anhelemos, el beso con el que concluye la cinta es una falsedad. Un comienzo disfrazado de final. Porque lo que cuenta en realidad es lo que viene a continuación.

¿Has pensado alguna vez en lo que pasa con los personajes de una historia cuando ésta acaba? Yo te lo diré: que al final mueren. Así, sin más. Y lo más irónico de todo, lo más cínico sin lugar a dudas, es que cuanto más feliz haya sido su vida, más doloroso será su final.

Sí, Jan, cuando tú recibas esta carta los dos habremos sufrido mucho, y el dolor será indescriptible. Pero en ese momento sabrás lo que significa el amor verdadero y comprenderás que nada sucede por casualidad.

Créeme, por terrible que te parezca, acabarás agradeciéndome tanto dolor. Más aún: me amarás por ello, tanto como yo te amo a tí.

No importa que aún no me conozcas. No dejo de pensar en tí. Y pronto, muy pronto, tú tampoco podrás pensar en nada que no sea yo.

## *Tras la lluvia*

Cuando Jan Forstner recuperó el conocimiento, lo primero que vio fueron los cuervos al otro lado de la ventana. Seis siluetas oscuras, alineadas en silencio sobre la enorme rama de un haya que se recortaba sobre un cielo gris como el acero.

Parecía que lo estuvieran mirando. Seis jueces vestidos de negro, dispuestos a emitir su veredicto.

### *Culpable.*

Jan estaba sentado en una de las sillas de la consulta y tenía las manos agarrotadas sobre los reposabrazos. Estaba aturdido. Se sentía ajeno a todo, como si se hallara en una enorme urna de cristal.

Las voces y los pasos que resonaban por el pasillo del hospital le llegaban insólitamente quedos, y los enfermeros y policías, médicos y pacientes que corrían de un lado a otro junto a él no eran más que figuras sin rostro, sombras oscuras o claras, que danzaban a su alrededor como si formaran parte de una noria. Imágenes surrealistas procedentes de otro mundo.

Lo único que le parecía real era el temblor de su cuerpo. Estaba helado. ¡Dios, qué frío tenía! Unos incontrollables escalofríos le hacían castañetear los dientes. Ni siquiera la manta de lana que alguien le había puesto sobre los hombros lograba que se sintiera mejor. Y no era de extrañar, pues aquella gélida sensación le venía de dentro. El médico había dicho que era neurológico: una reacción traumática a la conmoción.

—¡No se mueva! —gritó una voz masculina, en algún lugar—. ¡Le digo que se esté quieto!

Jan movió la cabeza hacia la habitación en la que sucedió todo. No había mucha sangre, apenas unas salpicaduras sobre el linóleo, y sin embargo... Alguien le estaba hablando. Una enfermera. Tenía la cara

muy cerca de la suya y movía los labios formando palabras, pero no pudo entender lo que le decía. Su voz venía de muy lejos...

–Doctor Forstner, ¿me oye?

Asintió.

–No se mueva, el doctor está a punto de llegar.

«¿Pero qué dices? ¿Qué coño crees que voy a hacer? –quiso gritarle–, ¿levantarme e irme a dar un paseo? ¡Si apenas me mantengo sentado en esta silla!»

Se limitó a asentir de nuevo, sin más, y ella esbozó una sonrisa con la que, presuntamente, pretendió reconfortarlo. Luego se echó hacia atrás para dejar paso a dos hombres que llevaban una camilla cubierta con una manta.

Jan se quedó mirando la camilla. Avanzaba lentamente, muy lentamente, y cuando llegó a su altura pudo ver una mano asomando bajo la manta.

Tres dedos. Delgados. Pálidos. Con las uñas pintadas de marrón rojizo. El mismo color que quedaría sobre el suelo del hospital en cuanto las manchas de sangre comenzaran a secarse.

Vio a Carla frente a sí. Estaba sentada en el sofá de su comedor y llevaba puesto el albornoz. Se había enrollado el pelo en una toalla, y el olor a madera de sándalo de su crema hidratante se mezclaba con el mordaz aroma del pintauñas. Le sonreía mientras soplaba para secarse el esmalte.

¿Te gusta el color?

–No –susurró–, ya no.

La imagen desapareció. Carla se evaporó. La camilla ya no estaba, y sólo quedaron sombras a su alrededor.

Notó una mano sobre su hombro.

–Tienes que ser fuerte, Jan.

Jan levantó la vista y reconoció al policía de la cicatriz en la ceja. ¿Cómo diantres se llamaba? No podía recordarlo. Tenía la cabeza como un bombo.

–Stark –susurró al fin.

Los cuervos seguían quietos frente a la ventana. Jan observó sus miradas cargadas de reproches y le pareció oír sus graznidos sobre su cabeza.

*Culpable, culpable, culpable.*

Entonces deseó no haber aceptado el ramo. ¡Ese maldito ramo de rosas! Porque con él empezó todo.

**PRIMERA PARTE  
LIMERENCIA**

«Sé que muchas de las notas que dejé en tu buzón y frente a tu puerta no fueron más que una carga para ti, pero pensé que eran el modo más sencillo de expresarte mi amor.»

EXTRACTO DE UNA CARTA QUE JOHN HINCKLEY JR. ENVIÓ A JODIE FOSTER EL 30 DE MARZO DE 1981, POCAS HORAS ANTES DE ATENTAR CONTRA LA VIDA DEL PRESIDENTE AMERICANO RONALD REAGAN PARA IMPRESIONARLA.

# 1

Cuando la última paciente del día regresó a su habitación, el doctor Jan Forstner dio por finalizada la ronda de consultas; sacó un bocadillo de su escritorio y se acercó a la ventana de su despacho. Desganado, el psiquiatra masticó esa cosa blanda e insípida que en la cafetería le habían recomendado como «Ciabatta speciale», y fijó la vista en la oscuridad de aquella noche de octubre.

El hombre del tiempo había pronosticado una semana lluviosa, y por el momento estaba acertando. Gordas gotas de lluvia repiqueteaban contra el cristal de la ventana y se deslizaban como lágrimas por los cristales. Un fuerte viento del este arrastraba las nubes del atardecer y hacía revolotear la hojarasca que cubría el jardín de la Clínica del Bosque. Parecía que la naturaleza se revelara contra ese invierno que cíclicamente amenazaba con quitarle la vida.

La mayor parte de las ventanas de los edificios que rodeaban al suyo estaban iluminadas, y sólo la antigua residencia del director quedaba en la más absoluta oscuridad. Allí donde en su día hubo un hermoso jardín, se veían ahora contenedores, *palets*, andamios, estructuras para la construcción y dos lavabos móviles.

Pronto empezarían a trabajar en la nueva creación de un centro psiquiátrico para niños y adolescentes; un proyecto en el que Jan había trabajado en cuerpo y alma durante los últimos meses y que, por fin, iba a hacerse realidad. Le había supuesto un verdadero desgaste abrirse camino por la jungla burocrática de la administración y se había quedado atónito ante la cantidad de permisos, consentimientos y firmas que eran necesarios para poder tirar adelante todo aquello, pero, al final, su equipo consiguió sortear todos los obstáculos y alcanzar su objetivo, lo cual lo hacía sentirse verdaderamente orgulloso.

En la pálida luz de las farolas del jardín, Jan observó una figura encorvada que corría bajo la lluvia y desaparecía tras doblar una esquina. Apenas unos segundos después, una furgoneta de reparto avanzó hasta la puerta de entrada al recinto. Sus faros iluminaban la lluvia que danzaba sobre el asfalto.

Jan tiró a la basura el resto de su bocadillo y se dispuso a concluir el informe sobre su última paciente, una tímida joven de diecisiete años que, presionada por un grupo de chicas del instituto, se vio obligada a esparcirse por la cara los excrementos de un perro. El vídeo con la grabación no tardó en convertirse en un éxito en YouTube, y la joven intentó suicidarse cortándose las venas.

Llamaron a su puerta, y la enfermera Bettina asomó la cabeza. A sus veintiún años no era mucho mayor que su atormentada paciente, pero a Jan no le cabía la menor duda de que las chicas de aquel instituto no habrían podido doblarla ni un milímetro. En todo caso habría sido ella, con su *piercing* en la nariz y su camiseta de *El punk no ha muerto* asomando bajo la bata, quien hubiese puesto en vereda al grupo. Pese a ser demasiado delgada y frágil para su altura, sus ojos tenían un brillo especial que no dejaba lugar a dudas: que nadie se atreviera a subestimarla.

–Disculpe, doctor Forstner, ¿tiene un segundo?

–¿Qué sucede?

–Una sorpresa –dijo la enfermera, sonriendo pícaramente. Después acabó de abrir la puerta y entró en el despacho con un enorme ramo de rosas–. Son para usted.

–¿Para mí?

Bettina asintió. Un mechón rubio le cayó sobre el rostro y ella lo apartó con un movimiento de cabeza.

–Sí, acaban de llegar. ¿Son bonitas, eh? ¡Rosas Baccara!

Jan miró el ramo desconcertado, y entonces recordó la furgoneta de reparto y tomó las flores.

A Carla le encantaban las sorpresas, y disfrutaba preparándolas, ya fuera una cena con cientos de velas en el comedor, ya un *picnic* espontáneo en el bosque para celebrar el inicio de un fin de semana largo. Sin embargo, después de lo que pasó el último fin de semana, a Jan le costaba creer que Carla hubiese optado por un gesto como aquel. Además, el ramo debía de valer una fortuna.

–¿La señorita Weller sigue de viaje?

–Sí, aún tardará unos días en volver.

Jan se quedó mirando el ramo. Echaba de menos a Carla. La extrañaba más de lo que imaginaba. Sobre todo en ese momento.

–Oiga, doctor... –Bettina carraspeó al hablar–, ¿puedo pedirle un favor?

Parecía algo turbada, y a Jan le sorprendió descubrir que una joven aparentemente tan segura de sí misma pudiera sonrojarse con tanta facilidad.

–¿Cree que la señorita Keller podría firmarme un ejemplar de su libro cuando regrese? ¿Y quizá usted también, doctor?

Le ofreció el libro que llevaba en la mano, y Jan lo cogió mientras observaba la conocida portada blanca con el título escrito en letras oscuras.

*El superviviente*

De Carla Weller

Y el subtítulo rezaba:

«El descubrimiento de un escándalo psiquiátrico»

Aquel libro había cambiado tantas cosas... En él, Carla relató la historia real de su familia: la desaparición de su hermano pequeño, Sven, en enero de 1985, los larguísimos años de dolorosa incertidumbre sobre su paradero y la terrible angustia por lo que podría haberle sucedido. Pasaron veintitrés interminables años antes de que pudiera darse con la primera pista sobre lo sucedido.

La desaparición de Sven tuvo consecuencias fatales para toda la familia, y durante un tiempo Jan creyó que no volvería a levantar cabeza, pero entonces se vio empujado a regresar a Fahlenberg, su pueblo natal, donde aceptó un puesto como psiquiatra en la Clínica del Bosque. Muy poco después, el suicidio de una de las pacientes de la Clínica lo involucró en una aterradora trama psicológica que resultó estar relacionada con la desaparición de Sven.

Fue en aquel momento cuando conoció a la periodista Carla Weller, y el empeño de ambos en descubrir la verdad los llevó incluso a arriesgar sus vidas.

El papel que jugó Jan en toda aquella historia provocó un gran re-



vuelo mediático, y despertó un enorme interés en la opinión pública. Todos los periódicos se hicieron eco de su heroica actitud y los artículos sensacionalistas se alimentaron del escándalo durante mucho más tiempo del que a Jan le pareció necesario, y con mucho menos rigor del que a él le habría gustado. Muchos de aquellos escritos no buscaban más que el impacto del titular y se alimentaban luego de un montón de supuestos y falacias sobre él mismo y su familia, como si lo que sucedió en realidad no hubiese sido ya lo suficientemente horrible.

Por supuesto, Carla también escribió sobre todo aquello, y no tardó mucho tiempo en recibir la suculenta oferta de una editorial para escribir un libro basado en aquellos hechos. Ella le habló de la propuesta y Jan le pidió que la rechazara. Al fin y al cabo se trataba de su historia, y lo único que él deseaba era pasar página y dejar el pasado atrás. Sin embargo, Carla vio en aquella oferta una «oportunidad única», y no sólo para ella, como se esforzó en remarcar. Sin duda, le dijo, aquella oferta le permitiría pasar de ser una simple periodista de pueblo a abrirse paso en el mundo de la literatura como autora de novelas, pero también serviría para acallar todos aquellos rumores falsos sobre la historia de Jan y de su familia que sus colegas periodistas habían ido avivando sin contemplaciones.

Pese a la vehemencia de Carla, Jan continuó mostrándose contrario a la publicación de aquel libro. Su vida ya había sido demasiado aireada, y sólo esperaba que todo cayera cuanto antes en el olvido, relegado por la siguiente –y a poder ser temprana– noticia bomba.

Pero Carla no se dejó convencer. Le recordó que aquella también era su historia –al fin y al cabo ella también estuvo a punto de morir– y le informó de que no estaba dispuesta a dejar escapar aquella oportunidad.

Fue así como el libro se convirtió en un punto de desencuentro en su relación, y tanto más cuando se convirtió en un verdadero *bestseller*. En aquel momento, un año después de lo sucedido y pocas semanas después de la aparición de la novela en las librerías, Carla se había convertido en una asidua de las tertulias televisivas y radiofónicas, y concedía numerosas entrevistas para hablar de su obra.

Como consecuencia ambos observaron, apenados, que sus caminos empezaban a distanciarse: mientras Carla veía cumplirse su sueño de ser una escritora de éxito, Jan lo único que deseaba era vivir aquella vida tranquila y normal que durante tantos años le había sido negada.

Y, por fin, cuando Carla aceptó la oferta de participar en una serie de tertulias literarias que la tendrían alejada de casa varias semanas, ambos coincidieron en aprovechar el momento para pasar un tiempo separados y reflexionar sobre el futuro de su relación. Suponiendo, claro está, que aún tuviera futuro.

El caso es que Jan no había vuelto a tener noticias de Carla desde que ella se fue de casa, hacía ya varios días, lo que le llevó a suponer que todo había acabado. Pero el ramo de rosas le hizo comprender que aún quería seguir con ella y que, pese a las diferencias de los últimos meses, sus sentimientos no habían cambiado. Por el contrario, aún la quería más.

–En cuanto vuelva le pasaré el libro para que te lo firme –dijo, y la cara de Bettina se iluminó con una sonrisa. En aquel preciso momento, Jan se dio cuenta de que la niña que había aparecido durante unos segundos había vuelto a esfumarse y a dar paso a la joven y confiada enfermera que entró por la puerta.

–¡Gracias, es usted un cielo! Por cierto, ¿podría salir hoy un poquito antes? Es que tengo que... bueno, me iría muy bien hacer unos recados.

–Pero antes consígueme un jarrón, anda, por favor.

–Ya lo he hecho.

Salió a toda prisa hacia su mesa, que quedaba justo al otro lado de la puerta, y en seguida volvió con un jarrón con agua.

–Gracias, Bettina. ¿Qué haría yo sin ti?

Ella le guiñó un ojo.

–¡Bueno, al menos se da cuenta y lo valora!

En aquel momento sonó el teléfono y Bettina lo dejó solo. Jan descolgó el auricular y se descubrió a sí mismo deseando que se tratara de Carla.

–¿Doctor Forstner? –preguntó una voz masculina y nerviosa al otro lado de la línea–. Soy Volker Nowak, ¿me recuerda? Trabajo para el *Fahlenberger Boten*.

Por supuesto que lo recordaba. Carla trabajó en el mismo diario local que Nowak antes de presentar su dimisión para entregarse de lleno a su éxito como escritora. De hecho, Nowak también escribió sobre Jan y fue uno de los pocos periodistas a los que concedió una entrevista.

–Sí, sé quién es usted.

–Tengo que hablar con usted, doctor Forstner. Es urgente. ¿Podríamos vernos esta misma noche?

–¿De qué se trata?

Durante unos instantes se hizo el silencio al otro lado de la línea, pero al fin Nowak le dijo:

–Preferiría explicárselo en persona.

–De acuerdo, estaré en la Clínica hasta las ocho. Pásese por mi despacho cuando quiera.

–Me temo que no es una buena idea, doctor. Es muy probable que me estén siguiendo y no quisiera que nos relacionaran.

–En ese caso también nos relacionarían aunque quedáramos en otro sitio, ¿no le parece?

–Es posible, sí. Aun así, preferiría hablar con usted en algún lugar fuera de la Clínica. Algún sitio discreto. ¿Podría ser?

De acuerdo, ahora sentía verdadera curiosidad.

–¿Y no puede decirme al menos de qué se trata?

–Digamos que necesito su opinión profesional para un asunto muy complicado. ¿Conoce el Old Nick?

–¿El bar irlandés del centro?

–Podría estar allí hacia las ocho y media.

Jan reflexionó unos segundos. Estaba bastante cansado, pero lo cierto era que Nowak había despertado su curiosidad. Además era domingo, y una cervecita para celebrar el fin de aquella semana de perros seguro que le sentaría bien.

–De acuerdo entonces, a las ocho y media.

Nowak dejó escapar un suspiro de alivio y le dio el número de su móvil a Jan, «por si le surge algún imprevisto». Y dicho aquello, colgó.

Extrañado, Jan se quedó mirando el auricular. ¿De qué iría todo aquello?

*Es muy probable que me estén siguiendo.*

¿Quién? ¿Y por qué?

Bueno, en poco más de una hora conocería la respuesta.